





# **UN DÍA EN EL PARAÍSO**



# **UN DÍA EN EL PARAÍSO**

**Carlos Framb**

**Ilustraciones**

**José Antonio Suárez Londoño**

Un día en el paraíso

® Carlos Framb

® José Antonio Suárez Londoño

® Alberto Aguirre

® Editorial pi

Ilustraciones: José Antonio Suárez Londoño

Diagramación: Mery Murillo Álvarez

Asesor literario y corrección de textos: José Raúl Jaramillo Restrepo

La impresión fue dirigida por Carlos Villa Á.

Formato: 14 x 21 cm.

Número de páginas: 72

Número de ilustraciones: 2

Impreso en Todográficas Ltda. en el mes de diciembre del 2007.

En su composición se utilizó tipo Minion de 12 puntos.

Se usó papel Kimberly de 120 gramos y cartulina de 150 gramos.

Página web: [www.editorialpi.com](http://www.editorialpi.com)

Edición al cuidado de Álvaro Lobo

[alvarolu@editorialpi.com](mailto:alvarolu@editorialpi.com)

15	Víspera
17	Epifanía
19	Homo admirator
21	Pequeño laberinto armónico
23	Hermano del noble silencio
25	El acto del fruto
27	El tao del agua
29	Oceánica
31	Teoría de un encuentro
33	Loto de mil pétalos
35	Dharma
37	Ceremonia
39	¡Oh Tierra!
41	Más acá de la heliopausa
43	Amica silentia lunae
45	Un toque de azul
47	Suburbia
49	Una noche en la Vía Láctea
51	Soy una multitud

53	Supernova
55	Natividad
57	Contemplando a Fomalhaut
59	Viajeros
61	Neverlands
63	La magia
65	Para leer en voz admirativa
67	Elegía por nadie
69	Acción de gracias
71	Autores



*A mi madre  
In memoriam*



Oyendo la poesía de Carlos Framb en este interminable camino de Damasco sucede la iluminación del rayo: tengo de súbito la conciencia de mi ser estelar. El verso en su libro deriva en música: lo leo en mudez y oigo un canto de esferas. De tan íntima, la poesía es placer solitario, y su sonido, soterrado, ondas que se van expandiendo por el fondo del alma.

Framb padece la presencia de la poesía. ¿Qué es ese milagro?, ¿cómo brota ese misterio?, ¿por qué una voz de pronto tiene la virtud de nombrar las cosas? No es posible saberlo. Y quizás no sea necesario saberlo. Basta sentir el súbito rayo iluminado y padecer una elación, una hermandad, un sosiego. En esa levitación de la poesía reconozco la expansión del ser y sé entonces que mi pequeñez cabe en el universo.

Tal vez no sea posible hacer la crítica de la poesía, como se hace la del cine o la del cuadro. Porque se puede desmontar el mecanismo de una película o de una pintura, para saber de qué modo pudo surgir la belleza o cuáles fueron sus tropiezos. Pero la poesía es una constelación: mil fuegos y mil luces. No es artilugio articulado, sino un rayo. Te baña la poesía. Y sólo sé que padezco de repente, como dice el verso de Framb, que "tanta inmensidad nos une". ¿Por qué vía y de qué modo me llega este universo? Ahí están las palabras, unidas una a una, pero la sensación de inmensidad viene de un trasfondo o quizás de un firmamento. Es posible que el verso sea sólo mediación. Para la inmensa unión con éste que canta y con ese que llora y con ese que guarda un pavor en la oscuridad y que por eso es

sordo todavía. La unión con la manzana y con la rosa y con la estrella. La poesía es vínculo.

Lo que se puede discernir es que el verbo de Framb es alquitarado: qué pureza la de su palabra, libre de todo musgo. Límpida como canto rodado. El lenguaje sobrio, pero a la vez jugoso. El verbo acendrado encuentra muy al fondo sus aguas manantiales y de ahí su frescura. La poesía como especie de alquimia.

Porque la poesía es ante todo palabra. Se quiere decir con esto que es primero palabra que significado. Su sola sonoridad es significación. En el verso, sólo después de su sonoridad la palabra significa. Y gracias a este ordenamiento, a esta prelación de sonido sobre significado, se puede decir el mundo y se puede desnudar la cosa, entregando así su esencia. En poesía el significado real recede ante ese significado augural de la música-en-la-palabra. Y gracias a esa virtud dual de la palabra poética la cosa se entrega en su inocencia.

El poeta es un clarividente. Aparece de nuevo la paradoja: lo extraño de la poesía es que la hago por mí mismo, pues el poeta dice su palabra, y se esconde.

También la palabra es descubierta por la poesía. Es como si el verso de Framb, por su sola virtud sonora, limpiara de adherencias las palabras, devolviéndolas a su prístina virtud. Tan puro aquí el verso, que el adjetivo logra su singularidad: ya no es parásito del nombre sustancial, ni apéndice que sólo califica. En esta poesía el adjetivo adquiere una significación sustantiva.

Por tanta virtud, y tantas virtudes, se palpa algo así como una lascivia de las cosas, porque eso es el poeta: un casto concupiscente. Revelador. Desnudador. Para nombrar la cosa, la va despojando de sus siete velos, y ella, desnuda, permanece en su temblor virginal.

No es este un libro con página de principio y página de fin. Como el océano, es inagotable, y como la Vía Láctea, luz en expansión. Por donde entra, el rayo.

Es bello el título del libro de Carlos Framb: "Un día en el Paraíso". Y justo.

Alberto Aguirre

–Publicado originalmente en el periódico  
El Mundo, de Medellín, en enero de 1995–



# Víspera

Quién será el que conmemore el *big bang* creador, del cual es hoy mi voz lejano eco; quién, la contráctil gravedad que llevara al hidrógeno a danzar sobre sí, hacerse luz, y condensarse bellamente en orbes. Quién habrá de celebrar cada encuentro afortunado de molécula en los mares germinales de la temprana Tierra, y a qué hora del día que ya empieza evocaremos el instante en que la arcilla primordial tornó a ser carne, íntimo fuego, y el mundo una policromía en el tenue cristal de un par de ojos.

Quién, sino el adán que en mí recién despierta, habrá de proclamar las buenas nuevas que hay para todos en este amanecer: también hoy la mañana prevalece, y rueda aún la Tierra, exuberante azul, con la temperatura precisa para la piel desnuda. Redobla todavía en nuestro pecho la ola de la sangre, guarda la rosa fragancia bastante para la embriaguez, destila en cada fuente el agua que abrevará la sed de las gargantas. Y qué más quisiera el agua que hubiera hacia ella una sed grande...

Aún hoy la vida vivirá. Y seguirá en los seres abriéndose caminos a la luz.





# Epifanía

Levitan en el aire del planeta esta mañana moléculas de flor, murmurios de ave, y polvillo vestigial de mariposa; partículas fugaces de rosada claridad atraviesan mis pupilas, impregnadas todavía de abismal tiniebla, y, por vez primera hoy en el decurso de los días, he llorado de saberme el increíble habitante de una estrella, de saber que bogo aún en su atmósfera gloriosa, y que habré de residir un nuevo día en su esplendor. He llorado al descubrir que sigo siendo el ápice del tiempo y su consciencia, que en mi cuerpo desembocan y se yerguen todos los seres que alguna vez han existido.

Hoy, he llorado la perseverancia del aliento, y esta piel donde perdura y sigue viva la célula primera que, hace miles de millones de mañanas, empezó a esculpir un hombre partiendo del primario lodo. He llorado al hombre, frágil cosa, y a la vez mirada y voz del Universo. He llorado el corazón del hombre, capaz de tanta dicha. He llorado la extraña dicha de estas lágrimas.



# Homo admirator

Un día, la Tierra entera se estremeció ante un desconocido reclamo de criatura: era el telúrico presagio del humano alumbramiento. Una célula desnuda habíase escindido y duplicado, hasta ser consciencia y forma capaces de rastrear el origen de la célula, y descifrar la remota cabriola de los astros.

Hoy como entonces se abren nuestros ojos, y es creada la mañana que viene y nos absuelve de todos los ayeres; creada la luz, que adhiere a las cosas frescura y sal de primer día; creada es la Tierra y su triunfal exultación de mundo vivo. Aún hoy, la invasión elemental de los pulmones por el aire me levanta y me sostiene, como a un adán de renovado músculo que aún no sabe de la fuga presurosa de las horas, un adán que recién se maravilla –y nunca lo bastante– de ser carne que se maravilla.



## Pequeño laberinto armónico

De tal modo aviene el ruiseñor su cuerpo a la precisa densidad del aire, que el más leve movimiento suyo es perfecta acrobacia y tenue danza. Y de tal modo se entiende con sus músicas mi ser, que su más ligero trino es razón de dicha y ocasión de asombro para mí. ¡Cómo puede el aire prestarse a tanta sutileza, a tal dulzura; cómo puede existir una criatura toda de pluma y canto, a tal punto celestial!

Nuestra mutua devoción por el canto coral prueba sin duda una hermandad de siglos: si hay hambre para el pájaro es mi hambre, y si agua, es mi garganta la que se satisface. También en los sabores de la fruta yo me embriago y del néctar de sus mieles me abastezco; para el uno y para el otro es fascinante el vuelo, y para ambos suele ser la vida generosa y buena.



## Hermano del noble silencio

Bendita sea la simiente inmemorial que engendrara el primer árbol: dónde gravitaría el ave sin su selva rumorosa; dónde reposaría el caminante sin su umbrátil llamarada; dónde –sin su levitación acogedora– habría yo morado en las antiguas intemperies y en los fríos, en los días pavorosos de mi noche...

Todo en mi fisonomía conmemora un ayer entre sus brazos: en sus flores aprendieron mis ojos de curioso lémur a advertir los relieves y matices; en la grata algarabía de sus aves maduraba la garganta de mi voz y de mi verbo; la textura de sus frutos decantó la garra en mano y caricia creadora; la osatura ascensional de su ramaje unos músculos que hoy propenden al abrazo.

Es tantas cosas un árbol: sin la ofrenda y la premura de su savia no correría mi sangre; sin su alquimia de agua y luz en clorofila faltaría mi apremiante bocanada y mi alimento de ser vivo; sin su dócil y envolvente celulosa no sería la página en que hoy vengo a celebrarlo, noble hermano en cuya fronda alguna vez tuviera hogar y compañía de pájaros.





## El acto del fruto

Ya la jugosa madurez de su peso curva la cansada rama, y antes de que el fruto caiga herido de terrena gravedad se apresura mi deseo a palpar esa cubierta cariciosa, casi a punto de estallar, a libar esa dulzura que es menos un sabor que una fragancia...

La tierna facilidad con la que a mí se rinde, y la forma en que mi cuerpo lo acoge y asimila, quieren confiarme que hay un placer en la manzana al rozar mi paladar y que –del mismo modo que la rosa se complace al prodigarme su perfume, y el pájaro en su canción ambiciona deleitarme– en el acto del fruto, en el del agua, es el fruto el que devora a mi hambre, y es el agua quien se sacia con mi sed.

Ahora que va a prolongar mi humano tránsito, ahora que ha de renunciar por mí a su propia temperatura, a su forma delicada y vegetal, veo cuán justa es esta comunión: me da vigor, néctar y voz con los cuales a mi vez habré de consumarlo en canto.



## El tao del agua

Ahora que sé al fin lo que es el agua –cuán preciosa es para el ciclo de la vida su frescura y en cuánta exuberancia alrededor se manifiesta– no es sorpresa que mi cuerpo la disfrute y sienta hoy a tal punto placentera, que mi ser la honre, que mi voz la cante, que mi espíritu codicie y ame su fraternal virtud por la cual –una, la misma y de *los diez mil seres* huésped– hace suya la forma que la aloja y sin juzgarnos, sin atarnos, nos acoge y nos absuelve en su naturaleza tan sencilla y pura.

Ojalá que fuera mía la santa y ecuánime generosidad del río, y como él fluir sin un fin más que fluir, sin otra sed que abrevar la ajena sed, sin que nadie se resista y cada cual se allane a su natal tersura; fluir siendo a un tiempo camino y de sí mismo fugitivo caminante, naciendo en tenue manantial a cada instante, a cada instante desbocándose en supremas e insondables lejanías.



# Oceánica

Cómo habré de celebrar la incalculable y maternal resplandecencia del océano: ese otro firmamento que se ahonda en precipicio y donde es líquido el azul, ese otro continente del cardumen armonioso, del matizado coral y el tremolar del plancton, de abisales radiolarios como flores cristalinas y versátiles delfines, alcatraces y fragatas.

Que soy del mar lo revelo y llevo escrito en cada célula. No puedo ocultar que de su vientre vengo y que fue entre su amnios primordial donde alcanzaba el ser: allí empezó la vida a desplegarse y con flagelos elevarse hacia la luz; allí asumió por vez primera la pupila transparencia y se hizo susceptible a la caricia del color; allí perduran las burbujas antiguas de mi aliento, el eco de mis arcaicos balbuceos, las atlántidas de mi acuática memoria.

Algo aún –vaivén de mareas en mi sangre, vertimiento de sales en mi piel, humedades de lágrima en la orilla de mis ojos– atestigua mi ascendencia marina y pisciforme.



## Teoría de un encuentro

Algo nos prefiguraba ya en cada primitivo duplicado de molécula, en cada afortunada mutación de cromosoma, en cada cópula de seres verdeazules. En otros ojos empezábamos a ver, en el pez pulmonado eras tú, era yo quien respiraba, y por siglos fue guardada nuestra huella aún anfibia en la memoria deleznable de la arena. Fría sangre de reptiles horadó nuestras arterias, y en sus ferales fauces eran nuestra hambre y nuestra sed las satisfechas. Asistimos a la noche pavorosa de los saurios y –aunque no con esta piel– a los soles calcinantes del terciario; en las arduas glaciaciones y terribles tempestades, arborícolas primates nos tuvieron y alojaron como suyos.

Cuántas edades trabajándonos un rostro, dibujando nuestros labios, tornándose en humana pubescencia las escamas; cuántas distancias esculpiéndonos los pies, inventándonos caminos, dejando a la abrasión del tiempo decantarnos un perfil; cuántas agonías sobreviviéndonos en cada decisivo alumbramiento, renaciendo siempre con la probabilidad adversa, siempre en busca de una nueva perfección, de una mayor tersura, de un cerebro superior a medida que nos íbamos irguiendo.

¡Cuánto Universo para que hoy nuestras manos finalmente se encontraran!





## Loto de mil pétalos

Con qué pasión se ha consagrado nuestro humano cerebro a nombrar y conocer todas las cosas, a indagar por sus orígenes, y explorar sus laberintos. Con qué placer acoge y premia cada nueva certidumbre, y va perfeccionándose en elaborar cosmogonías, reflexiones y sutiles paradojas...

Todo cielo e infierno está en sus pliegues; en su delta inverosímil de sinapsis fluye un tránsito de ayeres que se remonta al propio génesis; por la innúmera red de sus axones y contacto entre hemisferios se despliega el pensamiento que nos labra y esclarece; tras sus fisuras se agazapan los dioses que nos sueñan, y en su líquida arquitectura de neuronas –rosado *loto de mil pétalos*– alcanza su clímax y se asombra de asombrarse la materia.



# Dharma

Desde el alba del tiempo todos los seres se deben al darse y sólo al darse –forma que tienen de ser espirituales y de participar en la totalidad–. Desde el día primero todo es alrededor perpetua ofrenda: cada sol busca irradiar, salir de sí, animar mundos; cada hontanar quiere emerger, ser ablución, fluir frescura; ni un átomo hay que no propenda a congregarse, no hay una piel que no ambicione ser compartida suavidad.

El supremo deber de cada uno es ser razón de ajeno gozo: lo advierto sobre todo en la canción del pájaro –si dejara de cantar habría menos alegría aconteciendo–, en el fruto generoso que se rinde, y más que nada en la entrega cotidiana de la flor: comulgar con lo viviente en fragancia y colorido es la forma que tiene de ser fiel a su destino, así como entender y celebrar el Universo es mi forma mejor de armonizar con lo creado.

Y nada hay para mí más allá de prodigar consciencia, como nada hay para la rosa más allá de darse en flor.



## Ceremonia

Cada rosa en su despliegue de perfume a sí misma se celebra, en su dádiva de color se justifica. Y en el breve y palpitante territorio de mi cuerpo se compendia y justifica la creación: en el arco de mi pie, la ubicua y triunfal gravitación que curva y ata; en el orbe de mis ojos, la perenne iridiscencia y vuelo libre de la luz; en el pulso de mi pecho que aún no cesa, el detonar creador que inauguró la diástole espacial del Universo.

Algo hay en mi piel que conmemora el trayecto cotidiano de una estrella, y en mi sangre un pasado entre marismas y follajes. Cada una de mis células custodia en su entraña la memoria de la vida; una sola de mis lágrimas los misterios de la música y del mar.



## ¡Oh Tierra!

El humus de la Tierra no es el mismo de otros mundos: cada mota terrestre ha padecido una o más encarnaciones de vital alquimia; un puñado cualquiera ha conocido de dolores, de esplendores; cada estrato sucesivo ha sido senda innumerable de organismos; cada antiguo sedimento ha alojado alguna vez una palpitación, una estridencia. . .

Oh viviente lugar de los cremosos manantiales, de los vastos oleajes de la espiga, de las rutas crepitantes y escarlatas del basalto; oh lugar de la glacial región donde la aurora irisa, donde exuberera el géyser, del fugaz anochecer acribillándose de soles y luciérnagas. Vertiginoso milagro tan propicio al decibel armonioso de la música, a la rubia polvareda de la espora, y único planeta que me acoge y me reclama como suyo, engendrándome de nuevo en cada vuelta, siendo siempre tempestad, siempre remanso, siempre en alguna coordenada elaborando maravillas.

El Sol de nuestro día no es el mismo de otros mundos: el nuestro es la luz del Paraíso.





## Más acá de la heliopausa

Quién diría que también a cierta altura nuestro Sol está en la noche, y desde ahora ha comenzado a perder brillo y devenir gradual penumbra; que también él de sí mismo es sólo huésped y algún día –ardido ya su oro, consumida la delicia de su hidrógeno radiante y perdido el equilibrio entre sus fuerzas interiores– habrá para sus mundos un último y terrible atardecer; que su áurea trayectoria cesará de esparcir su rubor sobre las flores, disipar nuestra tiniebla y prodigarnos claridad de jubiloso mediodía; que su lengua incandescente lamerá el sediento mar y diluirá los fundamentos minerales de la Tierra, coloreando de gloria fantasmal los horizontes planetarios.

Y cuál no será hoy mi arrobamiento al descubrir que soy esquirla de una estrella, y de su alquimia, sensitiva filigrana; que cada átomo en mi cuerpo es su pavesa, cada uno de los seres su progenie, cada cosa más acá de la heliopausa una sombra de su luz.



## Amica silentia lunae

Qué no habrá visto la Luna en el espejo remoto de su ayer: habrá visto los tempranos sobresaltos de la Tierra, y sorprendido los volcánicos trasiegos de su génesis; nacimiento de islas con exaltación de aurora, y sobre fuegos abismales levitar de primordiales silicatos, hoy en día sobrefaz del Paraíso; tersuras fluviales irrigando las terrenas oquedades; yermas planicies alfombrándose en floresta, y vegetales vaharadas construyendo las regiones celestiales del azul.

Cuán sola se va quedando cada íntima Luna silenciosa que se aleja: Luna del ser que descubrió su voltaria claridad y con el tiempo llegaría a darle un nombre; Luna de aquel que presintiera en el alba de su disco la proyección del Sol, y en la perennidad de las mareas su inquietante cercanía; Luna de la noche gloriosa cuando un adán ebrio de asombro caminara en su orbe acribillado –haciendo de ella por vez primera un mundo vivo–, y de esta otra noche en que la busco y me pregunto: qué no habrá visto la Luna...



## Un toque de azul

Columbrarte, oh madre Tierra, como un húmedo toque o joya azul en la tiniebla, y darse cuenta de que todo cuanto hay sobre tu faz es de ti parte, que somos poro vivo en la piel de un solo ser. Asistir a un mismo tiempo a tu día y a tu noche, y sentir que cada palmo de tu suelo es tan sagrado y tan precioso porque puede florecer en carne, porque puede germinar en pensamiento.

Sorprender –adán ingrátido– tu jaspeada esfera levitando ante las fauces del abismo, y llevarse en una sola mirada tu creciente curvatura, entendiendo que ese oasis trashumante es –hasta ahora– hogar y término de todo lo viviente; que es ahí donde habita lo que amamos; donde estamos decantando en doloroso tiempo nuestro rostro de criaturas; donde hacemos el poema y nos salva de pronto un acorde, una fragancia...

Ser partícula consciente de la Tierra por una vez contemplándose a sí misma, sonriendo humano llanto en las alturas donde el azul se difumina en astros.



## Suburbia

Lo mejor de los astros en estos arrabales de espiral es que hay alguien que los mira, y los declara la más grande maravilla. Eso ya los justifica para siempre.

Tantos habrá que jamás han alojado o recibido una mirada: mediodía prodigándose en la sombra, calidez que se disipa en el vacío... Cuán en vano brilla un sol que a nadie dora, que no excita eclosiones, ni despierta la vida al contacto con sus mundos; cuán en vano orbita un mundo en cuya infértil epidermis ningún río labra cauces, ave alguna pide alas o elabora sus canciones.

Yo me agoto cada noche, abarcando el mayor número de estrellas con mis ojos, inventando las ausentes, e imaginando las que fueron y serán. Me esfuerzo en padecer el drama singular de cada sol, de cada mundo: arder su fuego, rodar su movimiento y poblar sus fabulosos panoramas, a fin de que ninguno quede sin ser justificado en este canto.





# Una noche en la Vía Láctea

Qué gran fiesta o polvareda de cristal y de llama es la Vía Láctea. Tanta ardiente nebulosa dando a luz policromías de abierta flor. Tanto nítido tremer de joven pléyade. Tanto pulsar irradiando su esporádico destello a los confines del espacio. Tanta cópula de enjambres y contacto entre binarias que se curvan por el oro innumerable de sus órbitas. Tanta azul apoteosis de titánide liberando sus entrañas, y estertor de oscuros soles derrumbándose ante el peso de su propia gravedad.

Cuanto más nos acercamos al perpetuo mediodía de su centro, tanto más pródiga en astros y vorágine de mundos la galaxia: globos perláceos circundados de volátil y fantástica aureola, gélidos orbes y fugaces meteoros que el torrente sideral arrastra y en letales colisiones se aniquilan, lunas de fábula y flamígeros cometas que se abisman en la errante soledad de sus elípticos trayectos.

Algo dicen mis noches de cómo se pasa el tiempo en el abrazo espiral de la Vía Láctea; algo dirán estas palabras de las glorias que acontecen sobre un mundo, a treinta mil años luz de su febril y majestuoso corazón.



# Soy una multitud

No menos multitudinaria aun que una galaxia, no menos prófuga ni menos admirable, es la flotante población de concertadas células que son de mi cuerpo huésped –cada una a su vez un micromundo, cada una equivalente a una estrella–. Al igual que esta espiral exorbitante que me aloja en los parsecs de sus afueras, mi unánime *yo* no es otra cosa que una suma pletórica de seres –cada uno de los cuales me habita y no me ve–. Al igual que ella, también yo me orbito y me renuevo, y estoy siendo arrollado alrededor de un impetuoso corazón. Por lo demás, una misma es la trama de fuerzas que nos mantiene uno; sólo uno el misterio que nos gana; una misma es la constante proporción de profusa tiniebla y distantes esplendores.

Hecho por igual de fulguraciones y penumbras, soy una multitud logrando la ilusión de un solo ser, de una sola voz, de un solo Cosmos.



# Supernova

No fue en vano la agonía de esa joya solitaria: a la noche de los hombres regaló con el efímero esplendor de cien millones de combinados soles. No fue en vano su estertor: en su fuga luminosa ha de crearse lo que un día habrá de ser mar y humus de otros mundos, substancia y savia de futuros seres y posible inteligencia.

Hay en mi propio pasado violencias de supernova: el acaso misterioso de mi rostro; el sabor de la sal sobre mi cuerpo; la pulsátil sincronía de mi cerebro que me permite hoy adivinar su origen; la humedad y diafanía de mis ojos; la incesante pleamar de mis fluidos; todo este dédalo de átomos que soy y que me puebla...  
¡Vestigio asombroso de la pirotecnia estelar!



# Natividad

Algo hay muy hermoso aconteciendo con el polen peregrino y niebla errátil de una lejana supernova: ¡un nuevo sol!

Nunca se sabe de qué escombros surgirá el siguiente fénix, de qué lado apuntará la nueva aurora: en toda latitud alguna nebulosa hay contrayendo su substancia vehemente hasta abrasarse en ardores e irisarse en joven claridad.

Bienvenido al Universo, hermano sol: aunque visto desde mí no parezcas mayor que una luciérnaga, aunque seas uno más entre infinitos, no es tu luz que recién nace menos luz que cualquiera otra. Bienvenido a nuestro cielo: ahora que inauguras tu órbita primera a la galaxia, predigo que hemos de vernos aún por mucho tiempo. No es imposible que seas algún día nuestro norte o desembarque un ser humano en el fantástico espejismo de tus mundos. Y en todo caso, un hilo de incesantes fotones ha de unirnos, y de música y calor, pues quien contempla una estrella la escucha también y la acaricia.





## Contemplando a Fomalhaut

Cómo puedes saber, delicada Fomalhaut, que alguien te ve desde la sombra y pronuncia con placer tu hermoso nombre. Cómo puedes saber que tu pasado sería mi presente, que uno solo de tus rayos habría de contar tu entera historia y rendirnos tus secretos: a qué temperatura se consume la precisa aleación de tus metales, cuál es tu exacta edad, tu ineludible devenir entre la vasta población de las estrellas, cuántas veces un hombre es la abismal profundidad que nos separa.

Cómo hacerte saber mi gratitud de que en tus prófugos trayectos uno haya encontrado esta noche una mirada, la cual a su vez te justifica; de que uno más entre tus múltiples destinos haya sido propiciar en este habitante de otro mundo una página, una reflexión y un éxtasis.



# Viajeros

Demorar la mirada en alguna pulsación de estrella es preguntarse qué sabrán de la vida sus planetas, e imaginar que algún posible habitante hace abrigo de ese fuego, hace lumbre de esa luz, y describe alrededor su ultraterrena singladura de ser vivo. Alguien sensible a un panorama a mí vedado, a un placer que jamás conoceré, a un perfume de fabulosas primaveras. Alguien que quizás haya tendido su mirada hacia este lado de su cielo y de su noche, imaginando...

Sueños de ser un día novedad para su mundo, y de contarnos uno al otro nuestro drama inverosímil de existir. Tanta inmensidad nos une: a medio camino entre átomos y estrellas somos seres insondables; somos ambos ceniza de antiguo fuego vadeando la misma oceánica tiniebla; ambos, en un trecho perdido del espacio, hemos sido fragmento viviente de Universo.

Por qué no habría de sentirle hermano, si la misma paradoja nos habita e igual fugacidad nos arrebató; si, anónimos viajeros, hemos sido arrojados a la playa de los seres en la misma pleamar del tiempo.



# Neverlands

Pasarme alguna vez entre habitantes de otros mundos, y circunnavegando el horizonte de remotas luminarias, volver a Ítaca una noche después de cien mil siglos; adentrarme en las cuánticas regiones, descubrir cómo percibe un electrón su incertidumbre, y emerger en otro dónde que el aquí y en otro cuándo que el ahora...

Más de setenta veces siete dimensiones tiene el Cosmos: otras tantas perspectivas que me impiden ver mis ojos, otros ámbitos que ni alcanzo a imaginar que no imagino, otros seres que no sé que no sabré. Tanto espacio exorbitante de indecible y fabuloso acontecer, tanta incierta realidad donde se invierten acaso nuestras leyes, donde el efecto precede a la esperada causa y acaba de volver quien no partió. Tanto mundo por siempre virgen a la huella, a la mirada, aun a la imaginación; tanto mundo en que no he sido nunca, ni seré.



# La magia

Cuánta magia un Cosmos que permite la magia: insomnes elementos soñando a cada instante mariposas y galaxias espirales, cristales de agua, y veloces astronoides de diamante y cereal que ahora mismo serpean la tiniebla. Un Cosmos con posibles dimensiones al envés de nuestro espacio, y fantasmales pasadizos al ocúltimo interior de las partículas. Un Cosmos que permite océanos de azul nitrógeno y rosadas lluvias de menuda nieve, brisas perfumadas de azafrán en flor, y abiertos ojos donde el tiempo se ha asomado a contemplar su marcha: donde moran criaturas esculpidas en ceniza de antiguo fuego, capaces del ajedrez misterioso de la ciencia y del oro acendrado del poema.

Cosmos en el cual yo mismo soy manifestación de una magia que ha demorado la perpetua sucesión de las edades para lograr la configuración irrepetible de mi rostro.





## Para leer en voz admirativa

De la sed de qué dios serán las formas y fenómenos el agua, de qué remoto estertor somos vestigio, de qué perdida nebulosa sin saberlo derivamos la existencia. A qué tenue simetría, a qué partícula de menos o de más en el principio deberemos hoy el ser; a qué mínimo enlace, a qué fortuita mutación, nuestra precisa y singular anatomía; a qué aleteo fugaz de mariposa deberá su paradoja el ser humano: algo o alguien que a sí mismo se declara misterioso, que se habita y que se ignora, y que sabe que se ignora.

Ya no sabremos qué sería de la vida sin las versatilidades del carbono, sin la afición de la molécula a copiarse, sin el alosterismo de ciertas proteínas. Qué sería de cada sol, de cada mundo, sin la improbable isotropía y corrimiento del espacio, si no fuese la materia a tal punto propensa a la espiral, propicia al orbe, si levemente fuera otro el delicado contrapeso de sus órbitas...

Y con cuántos avatares, con qué albures, estará a su vez esta página en secreta y simultánea resonancia.



## Elegía por nadie

Qué no diera yo por asistir otro día innumerable al Universo, y desde el globo delicado, nítida perla de estos ojos, ir aprendiendo su ebrio multicolor en tantos jardines y vitrales, en el oceánico telón del firmamento, en las irisaciones del ópalo y la nieve. Por quedarme contemplando una vez más atardecer la tarde, y al menos otra noche rodar bajo su cielo abovedado y pleno de espolvoreada luz, yo mismo no menos abrumado de infinito que aquellas vastedades. Por sentirme aún participe en la hermandad profunda y grandiosa evolución de las especies todas –en la alquimia planetaria de agua suelta en piel vibrátil, de solar combustión en pensamiento–, y en el maravillado desplegar de una mirada, descubrir de nuevo tanta multigénita belleza y entrañable eternidad.



## Acción de gracias

Qué Cosmos es éste, que hasta la flor más breve da perfume, y nada hay tan pequeño que no haya sido engendrado entre esplendores; un Cosmos que se deja admirar y conocer; que permite a nuestro espacio esa rara cualidad: la curvatura, y consiente la increíble ubicuidad de *pi*. Otras geometrías acaso habrá que no sabemos.

Qué azar es éste, el de morar en un fértil Universo cuyos mundos comparten la virtud potencial de hacerse piel inteligente; en cuyo abismo urden los seres tan profuso y enigmático tejido; en cuyo tórax de galaxias que se expande y que se enfría, crepita aún la llama temblorosa de mi humano corazón.

Es mi asombro que tuviera cada cosa su existencia, cada cual su propio rostro, cada uno su nombre y un destino; que observaran los arroyos el mandato inagotable de fluir, perpetuara la rosa en cada brote su misión de florecer, y armonizara de tal modo el polen con la abeja y con el viento.

Es mi alegría que tuviera la materia que soy el atributo de tornarse en poesía; que del fuego original y sus pavesas emanase este día de perfecta desnudez y luminoso Paraíso; que en el cósmico espumar de la entropía irrevocable prosperara esta página fugaz de acción de gracias.



## Autores

Carlos Framb

Nació en Sonsón, Antioquia, en 1964. Obra publicada: *Antínoo*, Colección Guberek, Bogotá 1987. *Un día en el paraíso*, cinco ediciones 1994- 2007.

José Antonio Suárez Londoño

Nació en Medellín en 1955. Estudió en la Escuela Superior de Artes Visuales en Ginebra, Suiza (1984). Su obra está compuesta por dibujos y grabados en pequeño formato, acompañados de la precisión y atención en los detalles, aspecto característico de su trabajo. Suárez Londoño es considerado por la crítica como uno de los más importantes artistas colombianos de la última década, debido a la calidad extraordinaria de su obra y a la influencia sobre las nuevas generaciones, quienes han redescubierto a través suyo la importancia del oficio en las artes plásticas.

